

➤ *Domingo 3º de Pascua (2011). El encuentro de Jesús con los dos discípulos de Emaús. Es un encuentro con el Señor en la Palabra y en la Eucaristía. Este encuentro es fruto de la acción del Espíritu Santo.*

❖ cfr. Domingo 3º Pascua Ciclo A 8 mayo 2011 Lucas 24, 13-35; 1 Pedro 1, 17- 21.

EMAÚS: EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR EN LA PALABRA Y EN LA EUCARISTÍA.

Lucas 24, 13-35: 13 Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; 14 iban comentando todo lo que había sucedido. 15 **Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos.** 16 **Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.** 17 Él les dijo: -«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?» Ellos se detuvieron preocupados. 18 Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: -«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?» 19 El les preguntó: -«¿Qué?» Ellos le contestaron: -«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; 20 cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. 21 Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. 22 Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, 23 no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. 24 Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron. » 25 Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! 26 ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? » 27 Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, **les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.** 28 Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; 29 pero ellos le retuvieron, diciendo: -«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.» Y entró para quedarse con ellos. 30 Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, **lo partió** y se lo dio. 31 **A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron.** Pero él desapareció. 32 Ellos comentaron: -«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» 33 Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, 34 que estaban diciendo: -«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.» 35 Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y **cómo lo habían reconocido al partir el pan.**

«Pastor eterno, contempla con amor a tu pueblo y aliméntalo durante este día con el pan de tu palabra y tu eucaristía» (Preces, Laudes sábado II semana de Pascua). “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”, dijo el Señor. - ¡Pan y Palabra!: Hostia y oración. Si no, no vivirás vida sobrenatural. Camino, n. 87

1. El encuentro en la Palabra: una conversación con Jesús

- ❖ Se trata de una conversación con Jesús que reanima a esos dos discípulos, y que acaba con el reconocimiento del Señor que cambia su vida.
 - **Algunos puntos que se podrían contemplar:**
 - **El inicio de esa conversación es una iniciativa del Señor (v. 15)**
- Mientras comentaban y discutían, el propio Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos (v. 15). Jesús va de camino con todos nosotros, aunque, misteriosamente, no se dé a conocer de entrada.
 - **Sus ojos eran incapaces de reconocerlo (v. 16).**
- **Biblia de Jerusalén:** “En las apariciones referidas por Lucas y Juan, los discípulos no reconocen al Señor a la primera, sino sólo a consecuencia de una palabra o de un signo (Lucas 24,30s.35.37 y 39-43; Juan 20, 14.16.20; 21, 4 y 6-7: comp. Mateo 28,17). Y es que, aun manteniéndose idéntico a sí mismo, el cuerpo del Resucitado se encuentra en un estado nuevo que modifica su figura exterior (Marcos 16,12), y lo libra de las condiciones sensibles de este mundo (Juan 20,19). Sobre el estado de los cuerpos gloriosos, ver 1 Corintios 15,44+.”
 - **Jesús les reprende (v. 25)**
- Necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas (v. 25)
 - **Los discípulos quedan afectados por las palabras de Jesús y le invitan a que se quede con ellos, le acogen.**
- El corazón de esos discípulos quedó afectado por las palabras de Jesús, y le invitan a que se quede con ellos (vv. 29 y 32).

2. El encuentro con Jesús en la Eucaristía

- **Se les abren los ojos y lo reconocen en la fracción del pan (v. 31), cambia su vida y vuelven a Jerusalén para referir a los demás discípulos lo sucedido (vv. 33-35).**
- Se les abren los ojos y le reconocen en la fracción del pan (vv. 30-31 y 35). [Biblia de Jerusalén, v. 35: “Lucas, al emplear aquí este término técnico que repetirá en los Hechos (2, 42+), piensa sin duda en la Eucaristía.]
- Cambia su vida, y vuelven a Jerusalén para referir lo que les había sucedido: Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén (v. 33) ... y se pusieron a contar lo que había pasado en el camino (v 35).

3. La íntima unidad entre Palabra y Eucaristía.

Cfr. Benedicto XVI, Exhortación apostólica «Verbum Domini», 30/09/2010, nn. 53-55

o Palabra y sacramento

- **Los fieles no siempre son conscientes de esta unión, ni captan la unidad entre el gesto y la palabra. En la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios dice y lo que hace.**

53. (...) Es más conveniente que nunca profundizar en la relación entre Palabra y Sacramento, tanto en la acción pastoral de la Iglesia como en la investigación teológica.¹ Ciertamente «la liturgia de la Palabra es un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento de la Iglesia»;² sin embargo, en la práctica pastoral, los fieles no siempre son conscientes de esta unión, ni captan la unidad entre el gesto y la palabra. «Corresponde a los sacerdotes y a los diáconos, sobre todo cuando administran los sacramentos, poner de relieve la unidad que forman Palabra y sacramento en el ministerio de la Iglesia».³ En la relación entre Palabra y gesto sacramental se muestra en forma litúrgica el actuar propio de Dios en la historia a través del carácter performativo de la Palabra misma. En efecto, en la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios dice y lo que hace; su Palabra misma se manifiesta como viva y eficaz (cf. Hebreos 4,12), como indica, por lo demás, el sentido mismo de la expresión hebrea *dabar*. Igualmente, en la acción litúrgica estamos ante su Palabra que realiza lo que dice. Cuando se educa al Pueblo de Dios a descubrir el carácter performativo de la Palabra de Dios en la liturgia, se le ayuda también a percibir el actuar de Dios en la historia de la salvación y en la vida personal de cada miembro.

o Palabra de Dios y Eucaristía

54. Lo que se afirma genéricamente de la relación entre Palabra y sacramentos, se ahonda cuando nos referimos a la celebración eucarística. Además, la íntima unidad entre Palabra y Eucaristía está arraigada en el testimonio bíblico (cf. Juan 6; Lc24), confirmada por los Padres de la Iglesia y reafirmada por el Concilio Vaticano II.⁴ (...)

- **El relato sobre los discípulos de Emaús. La presencia de Jesús, primero con las palabras y después con el gesto de partir el pan, hizo posible que los discípulos lo reconocieran.**

El relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús nos permite una reflexión ulterior sobre la unión entre la escucha de la Palabra y el partir el pan (cf. Lc 24,13-35). Jesús salió a su encuentro el día siguiente al sábado, escuchó las manifestaciones de su esperanza decepcionada y, haciéndose su compañero de camino, «les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (24,27). Junto con este caminante que se muestra tan

¹ cf. Sacramentum caritatis 44-45

² Pontificia Comisión Bíblica, La interpretación de la Biblia en la Iglesia IV, C 1

³ ibídem III, B 3

⁴ Cf. Const. Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, 48.51.56; Const. dogm. Dei Verbum, sobre la divina revelación, 21.26; Decr. Ad gentes, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 6.15; Decr. Presbyterorum ordinis, sobre el ministerio y vida de los presbíteros 18; Decr. Perfectae caritatis, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, 6. En la gran tradición de la Iglesia encontramos expresiones significativas, como: «Corpus Christi intelligitur etiam[...] Scriptura Dei» (también la Escritura de Dios se considera Cuerpo de Cristo): Waltramus, De unitate Ecclesiae conservanda: 13, ed. W. Schwenkenbecher, Hannoverae 1883, p. 33; «La carne del Señor es verdadera comida y su sangre verdadera bebida; éste es el verdadero bien que se nos da en la vida presente, alimentarse de su carne y beber su sangre, no sólo en la Eucaristía, sino también en la lectura de la Sagrada Escritura. En efecto, lo que se obtiene del conocimiento de las Escrituras es verdadera comida y verdadera bebida»: S. Jerónimo, Commentarius in Ecclesiasten, 3: PL 23, 1092 A.

inesperadamente familiar a sus vidas, los dos discípulos comienzan a mirar de un modo nuevo las Escrituras. Lo que había ocurrido en aquellos días ya no aparece como un fracaso, sino como cumplimiento y nuevo comienzo. Sin embargo, tampoco estas palabras les parecen aún suficientes a los dos discípulos. El Evangelio de Lucas nos dice que sólo cuando Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, «se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (24,31), mientras que antes «sus ojos no eran capaces de reconocerlo» (24,16). La presencia de Jesús, primero con las palabras y después con el gesto de partir el pan, hizo posible que los discípulos lo reconocieran, y que pudieran revivir de un modo nuevo lo que antes habían experimentado con él: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (24,32).

- **La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta. Por eso, «la Iglesia honra con una misma veneración, aunque no con el mismo culto, la Palabra de Dios y el misterio eucarístico.**

[55.] Estos relatos muestran cómo la Escritura misma ayuda a percibir su unión indisoluble con la Eucaristía. «Conviene, por tanto, tener siempre en cuenta que la Palabra de Dios leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia conduce, por decirlo así, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la Eucaristía, como a su fin propio». ⁵ Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta. Por eso, «la Iglesia honra con una misma veneración, aunque no con el mismo culto, la Palabra de Dios y el misterio eucarístico y quiere y sanciona que siempre y en todas partes se imite este proceder, ya que, movida por el ejemplo de su Fundador, nunca ha dejado de celebrar el misterio pascual de Cristo, reuniéndose para leer “lo que se refiere a él en toda la Escritura” (Lc 24,27) y ejerciendo la obra de salvación por medio del memorial del Señor y de los sacramentos». ⁶

4. Nosotros nos encontramos con Jesús en la Escritura y en la fracción del Pan, gracias a la acción del Espíritu Santo.

Cfr. Benedicto XVI, Exhortac. Ap. Verbum Domini, nn. 15-16

- ❖ Entendemos la Escritura por la acción del Espíritu Santo
 - **No se comprende auténticamente la revelación cristiana sin tener en cuenta la acción del Paráclito en la historia en la historia de la salvación y, en particular, en la vida de Jesús.**

[15.] (...) No se comprende auténticamente la revelación cristiana sin tener en cuenta la acción del Paráclito. (...) Por lo demás, la Sagrada Escritura es la que nos indica la presencia del Espíritu Santo en la historia de la salvación y, en particular, en la vida de Jesús, a quien la Virgen María concibió por obra del Espíritu Santo (cf. Mt 1,18; Lc1,35); al comienzo de su misión pública, en la orilla del Jordán, lo ve que desciende sobre sí en forma de paloma (cf. Mt 3,16); Jesús actúa, habla y exulta en este mismo Espíritu (cf. Lc10,21); y se ofrece a sí mismo en el Espíritu (cf. Hb 9,14).

Cuando estaba terminando su misión, según el relato del Evangelista Juan, Jesús mismo pone en clara relación el don de su vida con el envío del Espíritu a los suyos (cf. Jn 16,7). Después, Jesús resucitado, llevando en su carne los signos de la pasión, infundió el Espíritu (cf. Jn 20,22), haciendo a los suyos partícipes de su propia misión (cf. Jn 20,21). El Espíritu Santo enseñará a los discípulos y les recordará todo lo que Cristo ha dicho (cf. Jn 14,26), puesto que será Él, el Espíritu de la Verdad (cf. Jn 15,26), quien llevará los discípulos a la Verdad entera (cf. Jn 16,13). Por último, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu desciende sobre los Doce, reunidos en oración con María el día de Pentecostés (cf. 2,1-4), y les anima a la misión de anunciar a todos los pueblos la Buena Nueva. ⁷

(...) El mismo Espíritu que actúa en la encarnación del Verbo, en el seno de la Virgen María, es el mismo que guía a Jesús a lo largo de toda su misión y que será prometido a los discípulos. El mismo Espíritu, que habló por los profetas, sostiene e inspira a la Iglesia en la tarea de anunciar la Palabra de Dios y

⁵ Misal Romano, Ordenación de las lecturas, 10

⁶ ibidem

⁷ Benedicto XVI, Sacramentum caritatis, 12

en la predicación de los Apóstoles; es el mismo Espíritu, finalmente, quien inspira a los autores de las Sagradas Escrituras.

- **Sin la acción eficaz del «Espíritu de la Verdad» no se pueden comprender las palabras del Señor.**

[16] (...) Sin la acción eficaz del «Espíritu de la Verdad» (Jn 14,16) no se pueden comprender las palabras del Señor. Como recuerda san Ireneo: «Los que no participan del Espíritu no obtienen del pecho de su madre (la Iglesia) el nutrimento de la vida, no reciben nada de la fuente más pura que brota del cuerpo de Cristo». ⁸ [50] Puesto que la Palabra de Dios llega a nosotros en el cuerpo de Cristo, en el cuerpo eucarístico y en el cuerpo de las Escrituras, mediante la acción del Espíritu Santo, sólo puede ser acogida y comprendida verdaderamente gracias al mismo Espíritu.

- **El testimonio de grandes escritores de la tradición cristiana.**

Los grandes escritores de la tradición cristiana consideran unánimemente la función del Espíritu Santo en la relación de los creyentes con las Escrituras. San Juan Crisóstomo afirma que la Escritura «necesita de la revelación del Espíritu, para que descubriendo el verdadero sentido de las cosas que allí se encuentran encerradas, obtengamos un provecho abundante». ⁹ También san Jerónimo está firmemente convencido de que «no podemos llegar a comprender la Escritura sin la ayuda del Espíritu Santo que la ha inspirado». ¹⁰ San Gregorio Magno, por otra parte, subraya de modo sugestivo la obra del mismo Espíritu en la formación e interpretación de la Biblia: «Él mismo ha creado las palabras de los santos testamentos, él mismo las desvela». ¹¹ Ricardo de San Víctor recuerda que se necesitan «ojos de paloma», iluminados e ilustrados por el Espíritu, para comprender el texto sagrado. ¹²

- **El testimonio de los textos litúrgicos: oraciones que invocan al Espíritu Santo antes de la proclamación de las Escrituras.**

Quisiera subrayar también, con respecto a la relación entre el Espíritu Santo y la Escritura, el testimonio significativo que encontramos en los textos litúrgicos, donde la Palabra de Dios es proclamada, escuchada y explicada a los fieles. Se trata de antiguas oraciones que en forma de epiclesis invocan al Espíritu antes de la proclamación de las lecturas: «Envía tu Espíritu Santo Paráclito sobre nuestras almas y haznos comprender las Escrituras inspiradas por él; y a mí concédeme interpretarlas de manera digna, para que los fieles aquí reunidos saquen provecho». Del mismo modo, encontramos oraciones al final de la homilía que invocan a Dios pidiendo el don del Espíritu sobre los fieles: «Dios salvador... te imploramos en favor de este pueblo: envía sobre él el Espíritu Santo; el Señor Jesús lo visite, hable a las mentes de todos y disponga los corazones para la fe y conduzca nuestras almas hacia ti, Dios de las Misericordias».[55] De aquí resulta con claridad que no se puede comprender el sentido de la Palabra si no se tiene en cuenta la acción del Paráclito en la Iglesia y en los corazones de los creyentes.

❖ Significado de la fracción del Pan (R. Cantalamessa, La Eucaristía, nuestra santificación, Edicep 1999, pp. 20-23).

Cfr. Félix M. Arocena, En el corazón de la liturgia, Palabra 1999, pp. 190-192.

- **a) Haced esto en memoria mía: ofreced vuestro cuerpo – ofreceos a vosotros mismos - en sacrificio, como yo he hecho. Nosotros somos su cuerpo. pp. 20-21**

“En la epístola a los Romanos leemos estas palabras del Apóstol: «Os exhorto, pues hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrecéis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Rom 12,1). Pero estas palabras, irremediabilmente, nos recuerdan a las pronunciadas por Jesús en la última cena: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros». Por ello, cuando san Pablo nos exhorta a ofrecer nuestros cuerpos en sacrificio, es como si dijera: haced también vosotros lo mismo que hizo Jesucristo; haceos también vosotros eucaristía para Dios. Él se ofreció a Dios como sacrificio de suave perfume; ofreceos también vosotros como sacrificio vivo y agradable a Dios.

⁸ Adversus haereses, III, 24

⁹ Homiliae in Genesisim, 22

¹⁰ Epistula 120, 10

¹¹ Homiliae in Ezechielem, 1, 7,17

¹² «Oculi ergo devotae animae sunt columbarum quia sensus eius per Spiritum sanctum sunt illuminati et edocti, spiritualia sapientes... Nunc quidem aperitur animae talis sensus, ut intellegat Scripturas»: Ricardo de San Víctor, Explicatio in Cantica canticorum, 15: PL 196, 450 B. D.

Pero no sólo es el apóstol Pablo quien nos exhorta a obrar así, sino el mismo Jesús. Cuando Jesucristo, al instituir la eucaristía, dio el mandato: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19), no sólo quería decir: haced exactamente los gestos que yo he hecho, repetid el rito que he realizado; sino que con aquellas palabras quería expresar también lo más importante: haced la esencia de lo que yo he realizado; ofreced vuestro cuerpo en sacrificio como habéis visto que yo he hecho. «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13,15). Aún más, hay algo todavía más urgente y doloroso en aquel mandato de Jesús. Nosotros somos «su» cuerpo, «sus» miembros (cfr. 1 Co 12, 12ss); por ello es como si Jesús nos dijera: Permitidme ofrecer al Padre mi propio cuerpo que sois vosotros; no me impidáis ofrecerme a mí mismo al Padre; yo no puedo ofrecerme totalmente al Padre hasta que no haya ni un solo miembro de mi cuerpo que se resista a ser ofrecido conmigo. Completad, pues, lo que falta a mi ofrenda; haced plena mi alegría.

▪ **b) Significado del gesto: «partió el pan». No sólo distribución, también inmolación. El pan de la obediencia y de amor por el Padre. pp. 21-22**

Miremos, pues, con nuevos ojos el momento de la consagración eucarística, porque ahora sabemos - como decía san Agustín - que «sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos» (San Agustín, Sermones, 272; PL 38, 1247). He dicho que para celebrar de verdad la eucaristía es necesario «hacer» también nosotros lo mismo que hizo Jesús. ¿Qué hizo Jesús aquella noche? Ante todo, realizó un gesto: partió el pan; todos los relatos de la institución resaltan este gesto, tanto es así, que la eucaristía tomó, bien pronto, el nombre de «fracción del pan» (*fractio panis*). Pero el significado de aquel gesto, quizás, no lo hemos comprendido todavía plenamente. ¿Por qué Jesús partió el pan? ¿Sólo para darle un trozo a los discípulos, es decir, sólo por consideración hacia ellos? Es evidente que no. Aquel gesto, ante todo, tenía un significado sacrificial que se consumaba entre Jesús y el Padre; no indicaba solamente repartición, sino también inmolación. El pan es el propio Jesús; al partir el pan, se «partía» a sí mismo, en el sentido con el que Isaías había hablado del Siervo de Yahvé: ha sido molido (*attritus*) por nuestras culpas (cfr. Isaías 53, 5). Una criatura humana - que, sin embargo, es el mismo Hijo eterno de Dios - se parte a sí mismo ante Dios, es decir, «obedece hasta la muerte» para reafirmar los derechos de Dios violados por el pecado; para proclamar que Dios es Dios y basta. Es imposible explicar con palabras la esencia del acto interior que acompaña a este gesto de partir el pan. A nosotros nos parece un acto duro, cruel, y, en cambio, es el acto supremo de amor y de ternura que nunca antes se había realizado o que pueda llegar a realizarse alguna vez en la tierra. Cuando, en la consagración sostengo entre las manos la frágil hostia, y repito las palabras «partió el pan...», me parece intuir algo de los sentimientos que, en aquel momento, albergaba el corazón de Jesús: cómo su voluntad humana se entregaba por entero al Padre, venciendo toda resistencia, y repetía para sí las bien conocidas palabras de la Escritura: Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron, pero me has preparado un cuerpo; he aquí que te ofrezco este cuerpo que me has dado: vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad (cfr. Hb 10, 5-9). Lo que Jesús da de comer a sus discípulos es el pan de su obediencia y de su amor por el Padre.

▪ **c) Hacer yo lo mismo que hizo Jesús: «partirme» a mí mismo, decir «sí» a lo que Dios me pide. pp.22-23**

Entonces comprendo que para «hacer» también yo lo que hizo Jesús aquella noche, debo ante todo «partirme» a mí mismo, es decir, deponer todo tipo de resistencia ante Dios, toda rebelión hacia él o hacia los hermanos; debo someter mi orgullo, doblegarme y decir «sí» hasta el final, sí a todo aquello que Dios me pide; debo repetir también yo aquellas palabras: ¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad! Tú no quieres muchas cosas de mí; me quieres a mí y yo te digo «sí». Ser eucaristía como Jesús significa estar totalmente abandonado a la voluntad del Padre.”

5. Acoger, invitar al Señor. (S. Agustín, 354-430, Sermón 235, 1-4)

▪ **Le reconocieron en la fracción del pan. Jesús premia la hospitalidad, la acogida.**

El Señor Jesús, después de haber resucitado de los muertos, encontró en el camino dos de sus discípulos, que conversaban sobre los hechos del día, y les dijo: "¿Qué son estos discursos que vais haciendo entre de vosotros, y por qué estáis tristes?", etcétera; el hecho es contado sólo por el evangelista Lucas. Marcos se limita a decir que se apareció a dos discípulos a lo largo del camino (cf. Mc 16,12.13), pero omitió lo que ellos dijeron al Señor, y también lo que éste les dijo. ¿Cristo con los discípulos por "camino". ¿Qué cosa nos ha aportado esta lección? Algo grande, si procuramos comprender. Jesús apareció: fue visto con los ojos, pero no fue reconocido. (...)

"Nosotros", dicen ellos, "esperábamos que habría realizado la redención de Israel". O discípulos, vosotros esperabais; es decir, ¿ya no esperáis más? ¡He aquí que Cristo vive, mientras la esperanza ha muerto en vosotros! Ciertamente Cristo vive. Y Cristo vivo encontró muertos los corazones de los discípulos: a sus ojos apareció y no apareció; y fue visto y se escondió. (...) Sin duda lo vieron, pero no lo reconocieron. "Sus ojos, en efecto, estaban pesados y eran incapaces de reconocerlo", como hemos sentido. No dice que fueron incapaces de ver, sino que fueron incapaces de reconocerlo.

"Por qué Cristo quiso ser reconocido en la fracción del pan. ¿Fue el premio de la hospitalidad". Ánimo, hermanos, ¿dónde quiso ser reconocido el Dios? En la fracción del pan. Estemos seguros, si partimos el pan conoceremos al Señor. Él sólo ha querido ser conocido allí. (...) Aquellos dos, cuando hablaba con ellos el Señor, no tenían fe: porque no creían que había resucitado, no esperaban que pudiera resurgir. Habían perdido la fe, habían perdido la esperanza. Caminaban muertos junto a la misma vida. Caminaba con ellos la vida, pero, en sus corazones, la vida todavía no había sido reclamada.

También tú, por lo tanto, si quieres tener la vida, haz lo que ellos hicieron, para que tú conozcas al Señor. Ellos le ofrecieron hospitalidad. El Señor, en efecto, era como alguien que quiere continuar su camino, pero ellos lo retuvieron. Y después de haber llegado al lugar donde se dirigían, le dijeron: "Quédate aquí con nosotros, ya que está atardeciendo, y el día se está acabando". Acoge al huésped, si quieres conocer al Salvador. Lo que se llevó la infidelidad, lo devolvió la hospitalidad. El Señor, pues, se hizo conocer en la fracción del pan.

6. Vivir la caridad, para reconocer al Señor. Sann Gregorio Magno (Papa, 540-604), Hom. 23.

- **Invitaron al Señor con sentido de la hospitalidad, con insistencia, como peregrino.**

Habló con ellos, los regañó por su dureza en entender, les explicó los secretos de la Sagrada Escritura que se referían a él; y, sin embargo, ya que en sus corazones todavía era peregrino en cuanto a la fe, fingió ir más lejano. (...) Quiso probar si ellos, que no lo amaban todavía como Dios, al menos podían quererlo como peregrino. Pero como no podían ser extraños a la caridad aquellos con los que caminó la misma Verdad, he aquí que lo invitaron hospitalariamente como peregrino. Pero ¿por qué decimos lo "invitaron", cuando está escrito: "Lo obligaron"? De este ejemplo se entiende que los peregrinos no sólo tienen que ser invitados, sino atraídos con insistencia. Pusieron la mesa, ofrecieron la comida, y al partir el pan reconocen aquel Dios que no reconocieron mientras explicó la Sagrada Escritura.

Escuchando, pues, las preceptos de Dios no fueron iluminados, mientras que lo fueron cuando los llevaron a la práctica, ya que está escrito: "No son justos ante Dios los que oyen la Ley, sino los que cumplen la Ley: éstos son los que serán justificados" (Romanos 2,13). Por tanto, quién quiere comprender las cosas oídas, se apresure a llevar a la práctica las que ya ha entendido. He aquí que el Señor no fue conocido mientras hablaba, y se dignó hacerse conocer mientras era servido en la mesa. Amad, pues, la hospitalidad, queridos hermanos, amad las obras de la caridad. A este propósito, en efecto, Pablo nos dice: "Mantened el amor fraterno. No olvidéis la hospitalidad, gracias a la cual algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles" (Hebreos 13, 1-2). Pedro dice: "Sed hospitalarios unos con otros, sin quejaros" (1 Pedro 4,9). Y la misma Verdad afirma: "Era peregrino y me acogisteis" (Mateo 25,35).

7. Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra. Cfr. Amigos de Dios, 313 -314.

- **Jesús, en el camino: nos busca en nuestro ajeteo diario, sin ningún signo exterior de su gloria.**

313. Me gusta hablar de camino, porque somos viadores, nos dirigimos a la casa del Cielo, a nuestra Patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!

Iban aquellos dos discípulos hacia Emaús. Su paso era normal, como el de tantos otros que transitaban por aquel paraje. Y allí, con naturalidad, se les aparece Jesús, y anda con ellos, con una conversación que disminuye la fatiga. Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia.

Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre! Pero me conmueves cuando te allanas a seguirnos, a buscarnos, en nuestro ajeteo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria.

- **Jesús no se impone nunca, quiere que le roguemos que se quede con nosotros.**

314. Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que - sin darse cuenta - han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho Hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda *con ademán de continuar adelante* (Lc 24, 28). No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo *por fuerza* y rogarle: *continúa con nosotros, porque es tarde, y va ya el día de caída* (Lc 24, 29), se hace de noche.

Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume. Porque *entre las cosas hermosas, honestas, no ignoramos cuál es la primera: poseer siempre a Dios* (S. Gregorio Nacianzeno, *Epistolae*, 212).

Y Jesús se queda. Se abren nuestros ojos como los de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque El vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha – anochece -, para hablar a los demás de El, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo.

Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra.